

EXITO

SIN PRECEDENTES

CRI-CRI

CINEMATOGRAFICO

LA MEJOR REVISTA

NINGÚN AMANTE DE LA CINEMA-
TOGRAFÍA DEJARÁ DE COMPRALA

TODOS LOS SABADOS

PRECIO 50 CTS.

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 26

25 cts.



LA
VERDAD
DESNUDA

por

Pina Menichelli
FilmoTeca
de Catalunya

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA**

Redacción } Gran Vía Layetana, 17
Administración } Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO II

N.º XXVI

LA VERDAD DESNUDA

Cinedrama de EDUARDO DE TALLENAY

PERSONAJES:

Lauro de Sandoval PINA MENICHELLI
Condesa Elena Branziska ELENA MAKOWSKA
Pedro Dancret LIVIO PAVANELLI
Augusto Valeri RENÉ KESSLER

CONCESIONARIOS: EMPRESAS REUNIDAS S. A.
PASEO DE GRACIA, 56 — BARCELONA

Al comienzo de nuestra farsa de amor y de dolor, tenía lugar en Roma, la Eterna, la anual Exposición de Arte Moderno, el primer paso en la espinosa senda de la Gloria.

Mientras el abigarrado concurso de indiferentes y de «dilettanti» admiraba ó criticaba

las obras maestras de los noveles artistas, en una de las salas de la famosa Galería se decidía el fallo supremo.

Rodeados de sus amistades esperaban con impaciencia los candidatos al premio que abría las puertas de la realidad.

Cada corro alentaba á su protegido que, invisiblemente, acaso en el exterior pero harto sensiblemente por dentro, se consumía en la angustia de conocer el resultado de sus desvelos é ilusiones de muchos días, muchas semanas, muchos meses de melancolía alternada con ráfagas de esperanza, de visiones que podían ser muy reales...

Un rumor de voces daba al Salón un aspecto de lugar de reunión de conspiradores y, en efecto, todos á una tramaban un complot espiritual favoreciendo cada cual á su preferido.

De pronto, el instante decisivo se presentó en la persona del secretario de la Exposición quien, escapando con presteza de las garras de los periodistas, anunció que Pedro Dancret había obtenido la Gran Medalla de Oro, de la Sección de Pintura, por su trabajo "*Retrato de la Condesa Elena Branziska*"; y la señorita Laura de Sandoval la Gran Medalla de Oro, de la Sección de Escultura, por su escultura "*La Verdad Desnuda*", consistente en una hermosa mujer que ofrecía sus gentiles y armoniosas líneas vírgenes.

Las dos noticias, pues dos eran los favorecidos cundieron con tal velocidad entre todos los presentes que apenas desaparecido el secretario después de haberlas comunicado, los premiados fueron alcanzados por el tropel de

entusiastas y nuevos afiliados al Arte que había sido consagrado. Un íntimo abrazó á Dancret con verdadero cariño, diciéndole con efusivo entusiasmo:

—¡Bravo, Dancret! Eres el elegido... Los hombres te ponen en el camino de la Fama... ¡Ahora que tu genio sepa conducirte hasta la cumbre!

Dancret tenía el corazón oprimido por la grata emoción y correspondía á las muestras de simpatía que se le demostraban, cual maniquí animado yendo de un lado para otro, apretando manos, para repetir muchas gracias, distribuir abrazos y hacer reverencias á las señoras...

No lejos de la Sección de Pinturas se hallaba Laura de Sandoval, corazón sensible á todas las emociones estéticas, cuyos balbucientes pasos en la carrera del Arte habían tenido aquel día tan definitiva consagración.

Agradablemente sorprendida por la gloria que acababa de obtener, Laura, olvidándose de sí misma, tuvo un solo pensamiento: ir á felicitar por su triunfo á Dancret, con quien la unía una buena amistad. Su pensamiento fué tan rápido como su ejecución.

Sin atribuir mucha importancia á la conversación que sostenían la Condesa Branziska, cuya belleza Dancret había sabido copiar con mano maestra en el lienzo, y el pintor, Laura le dijo:

—Permítame señor Dancret que una mi modesto aplauso al éxito de su obra...

Para Dancret fué ésta, y la de la Condesa, la más valiosa felicitación. Así pues, Pedro estre-

chó cariñosamente la mano de Laura excusándosele de esta forma:

—Y usted, señorita de Sandoval perdóneme que en el aturdimiento de este mi pequeño



—Permitame, señor Dancret. que una mi modesto aplauso...

triunfo, no haya acudido el primero á rendir el homenaje que merecen su talento y su belleza... Hubo aún un ligero intercambio de elogios

y alabanzas, presenciado no precisamente á gusto suyo por la noble dama del retrato premiado.

Pedro con un gesto de galantería, reparando en un precioso ramo de flores que, con motivo de su triunfo la condesa le había amablemente ofrecido, preguntó á esta última:

—Mi querida Condesa Branziska... ¿no tendrá usted inconveniente en que parta estas rosas con la señorita Sandoval, verdad?

A pregunta tan correcta, correspondió una respuesta agradable, aunque, por rarezas del carácter femenino, la condesa, último vástago de una familia de rancio abolengo, viera en el proceder de Pedro una exagerada complacencia hacia Laura.

Lo que no adivinaban las mujeres no lo adivinará nadie, y á Laura no le pasó desapercibido un pequeño detalle de confesión de la molestia que la conversación que sostenía con el pintor producía á la aristócrata. Para devolverle la calma, Laura se reunió con unos amigos para seguir comentando la importancia de las obras expuestas. El regreso de Laura al lado de sus partidarios, satisfacía por completo los deseos de un sincero amigo suyo, Augusto Valeri, el conocido crítico de arte y famoso poeta. Y era que, la amistad de Valeri con Laura, procuraba arraigar, en el corazón de la preferida, un sentimiento de ternura y adoración con el que, desde tiempo, había brotado en el suyo. Pero Laura sólo vivía por y para su Arte.

Al salir de la exposición, volvieron á encontrarse Pedro y Laura y ésta y la condesa.

Probablemente al objeto de rodearse en su casa de las figuras proeminentes del mundo artístico, lo cual daba cierto «cachet» á sus reuniones, y fingiendo una simpatía, que por el mero hecho de saberla amiga de Pedro no podía ser más falsa, la condesa hizo esta invitación á Laura:

—... Señorita... Voy á dar una fiesta de beneficencia... ¿Quiere usted honrarnos con su presencia?

Laura aceptó; al fin y al cabo si no hallaba en la fiesta ningún atractivo especial, indudablemente no le faltaría la cariñosa plática con Pedro y con tal pensamiento aceptó la oferta de la condesa.

Desde la exposición. Laura fué directamente á dar á los suyos la grata nueva que llenó de gozo el corazón de un padre y la delicada cabecita de oro de una hermana en la edad de los nardos en flor.

Al día siguiente.

Desvanecida la embriaguez pasajera del triunfo, la tormentosa incertidumbre pugnaba de nuevo en el alma inquieta de la joven artista, descontenta ya de su obra de ayer.

Valeri, su más incondicional amigo, está en el taller de la escultora, conversando con ella. Laura, en confianza, le habló de esta manera:

—Señor Valeri... Todavía no me ha dicho usted ni una palabra á propósito de mi éxito... Francamente, no me halaga ni me anima su silencio.

El, contestó sincero:

—No he querido formar parte del eterno coro de aduladores... Soy un ferviente admirador

de usted, Laura, y precisamente porque creo en su arte esperaba una creación más sublime.

—Valeri... tiene usted razón... Mi obra no es más que un titubeo de mi arte... Mi genio creador se debate aún en la incerteza.

—Entonces... ¿Cómo pudo usted tener la pretensión de modelar La Verdad Desnuda?... ¿Qué sabe usted de la vida? Ame y sufra. Sólo el amor y el dolor podrían conducirla á la verdad: Yo, si usted quisiera...

—¡Ah, crítico interesado... ¡Ahora comprendo hasta donde quiere usted llegar...

Era así, bromeando que Laura solía apagar los conatos de incendio en Valeri, cuya amistad, lejos de resentirse, al contrario, se estrechaba más y mejor.

La fiesta de beneficencia en el palacio de la Condesa Branziska era una de tantas fiestas mundanas en que la caridad no juega más que un papel secundario y en donde la vanidad y la ostentación tienen sus más fervientes adoradores.

En esta fiesta galante, Laura y Pedro experimentaron la satisfacción de verse y la seguridad de que su encuentro érales agradable de verdad.

Había nacido en ellos una viva simpatía que en poco tiempo de trato les autorizaba á emplear un lenguaje de verdadera amigo, desprovisto por completo del diccionario de formulismos. Esta vez así que Laura vió á Pedro, le dijo:

—Señor Dancret. En su semblante se refleja la alegría de la victoria. Se me figura usted un

guerrero saboreando el triunfo...

El, oportuno, replicóla:

—Sí... un guerrero que no desea otra cosa que ser conquistado.

Pedro, ofreció su brazo derecho á Laura, la condujo conversando hacia un balcón que daba al jardín, y allí, en el silencio arrobador, pronunció estas palabras:

—¡Qué noche más suave!... ¿No se siente usted también un poco conmovida?...

—¡Oh, amigo Dancret—díjole ella contenta—no sabía que también fuera usted poeta...

—En este momento, sí... Es usted la que me inspira... Es su rostro incomparable el que me hace soñar...

Mientras estos seguían haciendo poesía, en el salón, se enteraba á la Condesa de que todo estaba listo para el baile y que sólo faltaba el pintor... La Condesa que no había perdido de vista un sólo momento á Pedro á quien—justo es que ya se sepa—amaba apasionadamente. ni á Laura que se le figuraba una rival, fué ella misma á separarlos con un motivo poderoso: bailar el cotillón con ella. Pedro volvió rápidamente al salón para los preparativos, y las dos mujeres tuvieron unos cortos instantes de soledad. En sus rostros no se disimulaba la mutua aversión que había creado la galantería de Pedro hacia Laura.

Encubriendo sus palabras de ironía, la Condesa dijo á Laura:

—Señorita... tiene usted mucho éxito esta noche... Ha tenido usted un verdadero acierto en la elección de su «toilette» y la felicito sinceramente...

Laura, con acierto y rapidez, empleando el mismo tono que su «rival» repuso:

—Es una lástima, realmente, que no haya usted conocido á mi modista...



—Señorita... Tiene usted mucho éxito esta noche...

La respuesta no necesitaba comentarios; era aplastante

Pasaron los días. Pedro Dancret, libre de

la fascinación que ejerciera sobre su alma la Condesa Branziska, huía del fastuoso palacio para rendir silencioso tributo de enamorado á la modesta casita de Laura, lo cual al propio tiempo que por una parte complacía sobremañera á esta, por otra parte despechaba á la Condesa, quien ponía en juego su mayor seducción para captarse el amor de Pedro. Este rehúsa el contacto del poderoso imán y consagraba sus horas á la busca de encuentros con Laura.

Cierto día que Pedro estaba esperando á Laura á tres pasos de su misma casa, ésta le sorprendió y, adoptando una «inalterable seriedad»:

—¡Hola, Dancret!—le dijo—¿qué viene usted á admirar por aquí?

Hemos dicho le sorprendió y hemos dicho bien porque, en efecto, si no lo fué de verdad, por lo menos lo simuló de modo magistral:

—Vengo á... admirar... el panorama—contestó.

—Eso está bien. Y ya que su *fiebre de arte* le ha llevado tan lejos, voy á conducirle de nuevo á la ciudad.

Eso era una doble ganga, á saber: 1.º ver á Laura y charlar durante un ratito; 2.º viajar en su compañía en un carruaje que por la bendita casualidad de ser estrecho obligaba á dos personas que lo ocupasen á que se molestasen con el roce ó choque de sus cuerpos, según las condiciones de las rutas.

Y pronto aquellos coloquios de la Condesa y Pedro no fueron ya más que un motivo de tedio para él y de amargura para ella. La Con-

desa notó alguna vez la indiferencia de Pedro hacia ella y un día le hizo esta pregunta:

—Le veo muy absorto, amigo mio... ¿En qué piensa?... ó mejor dicho ¿en quién piensa?

—Oh, no... Condesa...—repuso Pedro—Estaba buscando la inspiración para una nueva obra... ¿Quiere usted que ahora que la Fama empieza á sonreírme, me duerma sobre los laureles?

Era un modo de excusarse y quedar bien... pero esta excusa ¿era lo suficientemente elocuente para despistar á la Condesa? Indudablemente, no. ¿Qué debía hacer entonces para que su rival no la arrebatara del todo su amor? Como mujer sabría hallar un plan.

Pedro Dancret halló la deseada inspiración al lado de Laura á la cual visitaba á menudo en su taller, como amigo y admirador, hasta que, convencido de que estaba enamorado, y resuelto á someterse á todos los requisitos que Amor exige para unir dos vidas en una sola, se amparó en el cálido ambiente del taller impregnado de palabras dulces que, como en el lienzo las figuras había pintado Pedro con los coloridos de una imaginación vibrante, para hacer esta declaración:

—... Laura... ¿Por qué seguir fingiendo?... La amo á usted... ¿quiere usted ser mi mujer?

Ella se emocionó de tanta ventura y desde el más recóndito lugar de su alma en flor correspondía á la pasión de su amado.

Aquel día la Condesa Branziska esperó en vano la acostumbrada visita del pintor y sintió que algo desgarraba en su corazón.

Pedro, la envió esta carta:

"..... *Perdóneme, pues, Condesa Elena. Tomo decididamente un camino que me aleja para siempre de usted. Separémonos como dos buenos amigos. Ojalá encuentre usted la felicidad que yo no he sabido darle y que tan justamente merece.*

Devotamente

Pedro"

Esta carta, recibida en el preciso instante de la comida, la produjo una decepción tremenda.

Entretanto, no lejos de allí el poeta buscaba en las divinas notas de Schumann un consuelo al mal incurable de su corazón.

*
**

Algún tiempo después.

Un lazo sagrado unía á Pedro y Laura. En la íntima comunión de sus almas, en el entusiasmo creador de su Arte, Laura y Pedro se fueron apartando del mundo, poco á poco, insensiblemente, felices en una soledad de recogimiento y amor.

Presos en la melancólica belleza de la campiña romana, solían vagar por los deliciosos alrededores de la urbe, en la grandiosa austeridad de los despojos de una civilización insuperada.

Por la noche después de la peregrinación del día, parece más dulce todavía la íntima serenidad del hogar. ¡Dichosos aquellos que saben convertir su vida en una inagotable luna de miel, como la de los primeros tiempos de la

unión con la mujer soñada!

Todo hacía suponer á Laura y Pedro que su amor era sólido, sin par, inquebrantable, Pero bien pronto la primera nube debía velar el cielo esplendoroso de su felicidad. Esa nube vino con esta carta de la Condesa Branziska dirigida á Pedro:

"Mi querido amigo:

He decidido hacerme otro retrato y me he quedado perpleja al elegir el artista. Pero la unánime designación de todos los entendidos es usted, Pedro Dancret. ¿Se ha hecho célebre! ¿Quiere usted aceptar el encargo? Dejo á usted el cuidado de fijar sus honorarios. Espera su respuesta y le saluda atentamente.

Condesa Elena Branziska.

Pedro dió á leer esta carta á Laura que entristeciose subitamente, preguntándose qué decisión tomaría su esposo. Esta fué la contestación de Pedro:

—Es una oferta demasiado tentadora... Es imposible rehusarla.

—Pero, Pedro...

—¿Estás celosa?

—Completamente.

—Comprende, amor mio lo que eso significa para mí, para los dos...

—No hablemos más del asunto..., Haz lo que tú quieras...

Al día siguiente, Laura vió cruzarse en su camino á la Condesa, con el vago malestar de un triste presentimiento.

La aristócrata, con la misma ironía que empleara con ella tiempo atrás en su casa—después de haberla separado del que actualmente

era su marido—la preguntó.

—Espero, señora de Dancret, que no se molestará usted si le robo á su marido por unos instantes...

—¡Oh!... de ninguna manera — contestóle Laura con visible contrariedad.

Pedro se hizo cargo de la situación embarazosa que creaban los celos de su esposa y la altivez de la Condesa desdeñada que se humillaba:

—Podemos empezar cuando guste,—anunció Pedro—¿está usted lista para posar?

Desde entonces, y como para proteger á su felicidad asediada, Laura acompañaba siempre á su marido en sus visitas á la Condesa.

Cierta tarde, la Condesa comunicó á Laura:

—Hemos decidido con su esposo hacer mañana una excursión á Villa Adriana... ¿Quiere usted telefonar á su papá y á su hermana para invitarles también?

Aceptando por simple cortesía la invitación de su enemiga de siempre, Laura telefoneó á sus parientes, los cuales aceptaron gustosos. Con ellos vendría Augusto Valeri que acababa de regresar de su viaje por el extranjero.

Al oír pronunciar por Laura el nombre de Valeri, la Condesa dirigióla esta saeta:

—¡Ah, ya!... ¡Su... poeta!

Laura supo apreciar la dosis de malicia que contenía la exclamación de la Condesa y, á continuación de aquella, dijo, con pasmosa naturalidad que ocultaba la batalla sorda que sostenía en su interior:

—Si... Usted prefiere... la pintura...

*
*

La excursión á Villa Adriana fué realizada al otro día. En el lugar aquel los visitantes se dividieron en pequeños grupos para admirar, cada grupo por su cuenta, las bellezas que más le llamaran la atención de las que atesoraba la citada histórica Villa.

La cortesía obligó á hacer la elección de los grupos en este orden: la Condesa con Pedro; Laura con Augusto, el poeta; y el padre de Laura con la hermana de ésta. Al separarse estos tres grupos, quedó convenido que se encontrarían todos en un sitio escogido previamente, á la hora de la comida.

Laura, que se resistía á calmar el cremor de sus celos de la Condesa, con la convicción de que, á pesar de que la aristócrata no trataba de ocultarle su predilección entre todos sus admiradores, con la convicción, decíamos, de que su esposo, su Pedro, que era su único amor tanto en el sentido material como en el moral, sólo la quería á ella como esposa, amante y amiga. Esta era la ambición de Laura: ser lo suficiente hermosa y atractiva para reunir en una sola las tres formas de mujeres que rinden al hombre.

El recuerdo de que Augusto era un buen amigo suyo, sabido lo tenemos, distrajo á Laura de las cavilaciones sentimentales que suelen causar mucho daño moral, pues la duda, aunque aparentemente cubierta por una seguridad que una se atribuye para consolar su amor propio lastimado, siempre queda y siempre



...Espero, señora de Dancret que no se molestará usted si le robo á su marido...

roe, como esas aguas del mar ora embravecido por la furia de los elementos, desgarrándolo todo, ora manso, de una mansuetud grata, en la cual, subrepticamente, sus olas se filtran en las entrañas de la playa, mortificándolas.

Laura rompió el silencio preguntando al poeta:

—¿Cómo anda su trabajo?... ¿Qué ha escrito usted en estos últimos meses?

—Ya que me lo pregunta,—díjola él—sepa que he compuesto, pensando en usted, un poema en el que he puesto todo mi ser y el que he titulado «LA DIVINA RENUNCIA».

—Pero, Valeri... ¿Tanto me amaba usted?—preguntó ella, muy reconocida á ese puro sentimiento.

Valeri prosiguió:

—Hasta el punto de haber titubeado entre el suicidio y el clásico viaje de olvido... He sido un cobarde y me he decidido por lo último.

¡Pobre Valeri!—pensaba Laura. Y en lo más íntimo de su ser conyenía que el poeta la había amado como ella estaba amando á Pedro y que quizás es pecado exagerar en amor.

En otro lado de la villa, la condesa y Pedro, dedicando con preferencia su atención á otros asuntos que les afectaban más directamente, hablaban también de amores. Y como ocurriera el caso de que la Condesa, sin dejar al descubierto el más mínimo motivo para que Pedro no adquiriera la certeza de sus deseos acercara su rostro al del pintor para que lo besara y la repitiera mil veces que también á ella, sin perjuicio de ocuparse de su mujer, la amaría, y Pedro no lo hiciera, ella, á guisa de

mofa de sus escrúpulos en faltar á la fe, le hizo esta exclamación ciertamente provocadora:

—Entonces hace usted como aquel sabio que había jurado no amar más que á una mujer.....

Como á manera de comparación de la bondad de Laura y de la censurable conducta de la Condesa, la primera deseosa de no seguir hablando de lo que en otros tiempos estaba en derecho de hacer sentir á los hombres—es un derecho que pertenece á todas las mujeres—dijo á Valeri:

—¿Me promete usted olvidar, amigo mío?

Resignado de antemano, él la contestó:

—Se lo prometo porque sé que es usted feliz.

—¡Feliz...! ¡Sí!—afirmó Laura, porque quería, ¡oh, sí! si no lo era bastante, quería serlo mucho con su amado Pedro.

De pronto vió, entre un muro de arbustos, indiscreto, á su esposo con la Condesa en sospechosa conversación. Desde aquel momento siguió sus movimientos. ¿Qué le estaba diciéndo á su esposo su odiada rival? ¡Ah! ¡cómo quisiera oírlo!

Si bien no se percibían desde lejos las palabras, sí se observaban los gestos y por cierto que éstos aumentaban de modo alarmante en significación. Entonces, entre risitas burlonas, la Condesa decía á Pedro:

—Dancret, me recuerda usted aquel poeta francés que tenía más miedo á un beso que á la picadura de una avispa.

Laura seguía, á escondidas de Augusto, espionando al grupo de su esposo. Y vió, ¡oh fatalidad! como, vencido por la tentación de la sa-

tánica mujer y olvidando su decoro, Pedro tomaba con febril apasionamiento el rostro de la Condesa, lo atraía hacia sí y... ¡juntaba su boca con la suya!

Era demasiado para las delicadas fuerzas de Laura; su cabeza perdióse en el vacío; quería apoyarse en Valeri mas no tuvo tiempo: su cuerpo cayó en un fuerte desmayo desde lo alto de un sendero...

Alarmadísimo, Valeri la socorrió. Rápidamente acudieron los dos grupos restantes, uno de los cuales era el de los culpables.

Pedro que se figuraba, al igual que la astuta y maléfica Condesa, lo que había ocurrido, llevó en brazos á su esposa hasta el auto y, en él, la acompañaron todos hasta su casa. La Condesa no entró, pretextando que su sensibilidad no la permitía presenciar ciertas escenas. Valeri, ignorante de la realidad de las cosas, se encargó de informarla después de la visita del médico que iba él mismo á buscar.

Aun después de laborioso exámen, el médico titubeaba en emitir el diagnóstico.

Volviendo en sí, Laura abrió los ojos, los fijó en dirección de los que sentía que se le acercaban y, en el momento más culminante de la angustia por saber lo que tenía, gritó:

—¡Papá!... ¡Margarita! ¡No veo...! ¡Me he quedado ciega!

Esta vez, el médico emitió su parecer:

—El caso es grave... Temo que no haya remedio.

La consternación fué general... y el remordimiento... atroz.

Mientras, en su biblioteca, la Condesa, en-

terada por Valeri del estado de Laura, consultó el caso en un libro técnico y leyó lo siguiente:

«CAÍDAS.—Una caída puede, en algunos casos, producir la sordera del paciente ó la pérdida de la visión. Ambas lesiones pueden ser de carácter temporal ó definitivo. El segundo caso es más frecuente.»

Hay casos de crueldad en la vida que no se pueden explicar en personas dotadas de corazón. La Condesa atravesaba uno de esos casos pues deseaba que Laura *no recuperara jamás la vista*.

Por su parte, Pedro, convencido de su culpabilidad, lleno de compasión por Laura, se le arrodilló y la dijo:

—Valor, Laura. No será más que una cosa pasajera. Verás como pronto recobras la vista.

Laura estaba completamente ciega; ni sus ojos ni su espíritu veían la luz; las tinieblas se habían apoderado de ella. Tampoco tenía lágrimas que verter... Sólo se sentía atenazada por una desesperación rayana en la locura...

Supo contener un arrebato de deseos de echar en cara á su esposo su infamia, porque hasta en su semi-locura recordó que le amaba como á su misma vida y no quería perderle... Las imprecaciones que quería dirigirle solo fueron resumidas en un gesto de reproche, en un: «¡Vete...! ¡Vete!» que confirmó á Pedro sus sospechas de haber sido sorprendido por ella en el momento fatal.

¡Oh, miserias humanas!

*
**

Pocos meses bastaron para convertir á Laura en una sombra muda y dolorida que vagaba



—¡Vetel... ¡Vetel...

errante por aquella casa que fué el nido de sus amores y cuyas paredes aún guardaban el eco de sus alegres risotadas.

Y en aquella atmósfera de frío y de dolor,

Pedro veía esfumarse de día en día sus más bellos sueños de gloria.

Un día, cuando su recuerdo había logrado Pedro casi olvidar, la Condesa se le presentó en su casa. Pedro, sorprendido y desconcertado por la osadía de la que, con él, fué la causa de la desdicha de su hogar y principalmente de Laura, exclamó:

—¡Usted!... ¿aquí?

Ella, tranquila, cubriéndole con sus miradas más apasionadas por la separación, le dijo:

—Sé que la soledad le oprime el alma... que el dolor ha ahuyentado á la inspiración. Su hermosa obra ha quedado incompleta... ¿No le parece que es un crimen?... ¿No cree usted que se debe á sus semejantes? ¡Mire! La modelo está preparada.

—Oh, Condesa, tenéis razón!...

Y Pedro volvió á tomar los pinceles que durante varios meses durmieron...

En otra habitación de la casa se hallaban, con Laura, su hermana y Valeri. Para quien sufre en la soledad y el abandono, las confortantes palabras de los amigos dilectos son como un bálsamo bienhechor en las heridas del alma.

A una pregunta del poeta, Laura, contestó:

—Gracias, Valeri... Estoy ahora un poco más tranquila. Ayer Pedro me juró que entre él y la Condesa no había existido nunca más que un mundano devaneo... Pero ¡ay de mí quedaré ciega.

—¡Oh, no...! No me burlo, no. Usted se curará pronto, Laura, y los bellos días que fueron volverán.

—Es usted muy bueno para conmigo, Valeri,

y se lo agradezco sinceramente.

—Me dijo que vendrá usted mañana, ¿no? Pues, hasta mañana, amigo mío.

Después de algunas horas de febril trabajo, Pedro Dancret, el artista, consciente de sus facultades, ve que su genio creador no le ha abandonado.

Antes de que la Condesa se marchase, Laura, á tientas, penetró en el taller de su esposo y, habiéndole parecido oírle conversar con alguien, le preguntó:

—¡Pedro!... ¿Quién estaba contigo?

Sigilosamente, cual la serpiente, la Condesa se marchó.

Y tranquilizado, Pedro contestó á Laura:

—Nadie.

—¡Mientes!...! ¡Mientes! Estabas con una mujer.

—Vida mía... Créeme. No te tortures con esas odiosas sospechas... No hay nadie... No ha habido nadie.

La pesada carga de una vida sin norte, aumentada entonces por la lancinante duda, se hizo ya insostenible...

Las entradas y salidas de Pedro aumentaban en Laura las tremendas sospechas que la consumían. Un día le dijo, suplicante:

—¿Por qué no trabajas, Pedro?

—¿Trabajar?...—repuso él—¡Es muy fácil decirlo! Bien sabes tú misma lo raro que es encontrar una bella modelo.

Como de costumbre, también se fué aquel día cuando las sombras de la noche alternaban con las luces artificiales.

Laura, afligida, se dirigió al espejo, su dis-

creto amigo de antaño, en él clavó sus ojos esforzándose por traspasar el velo que los cubría. ¡Estaban muertos!

—¡Ah!—sollozó Laura—También murió para mí el más femenino de los instintos. ¡Ya no sabré jamás de las dulces confidencias del espejo!

Entonces más que nunca, presa de desesperación, comprendió que Pedro, el hombre que á pesar de haber sido la causa de su desgracia seguía amando como el único amor de su vida, debía buscar alegría en otras caras de mujeres menos tristes que la suya y con alma en los ojos.

—¡Dios mío...!—exclamó mirando al cielo—¡Dios mío no me abandones!

Laura se retiró á sus habitaciones, acomódose en un sillón y su doncella prosiguió la lectura de una novela. ¡Así esperaba el regreso de su esposo!

Entretanto, Pedro, con la Condesa, pasaba la velada ajeno á la tristeza de la vida y completamente entregado á la paz de un rincón del salón donde celebraban su entrevista.

Era innegable que la Condesa, sin escrúpulos, había logrado conseguir cierta influencia sobre Pedro, quien, considerándose vencido sin remedio por la enamorada aristócrata, satisficía todos sus caprichos. Con decir esto, no será extraño enterarse del deseo que la Condesa pensaba llevar á la práctica al día siguiente de este entrevista en lugar público. Le había dicho:

—Mañana tu mujer irá á ver á su padre, como de costumbre. Ire á verte á tu casa. Así

podrás acabar mi retrato.

Pedro y la Condesa se separaron cuando amanecía... y sin remordimiento. ¿Cómo era posible que los sentimientos de Pedro se hubiesen insensibilizado en tan alto grado? Decididamente, hay mujeres que, poseídas de un fluído mortal, arrastran, sin piedad ninguna, al mejor de los hombres hacia el abismo más espantoso donde se pierde la vergüenza, el decoro y el honor.

Laura le esperaba aún. ¡Eran las cuatro! ¡Nunca había vuelto Pedro tan tarde! ¡Y cómo se mordió Laura los labios de rabia por no poder, para evitar disgustos mayores, echarle en cara su maldad. Había de vencer á su esposo á fuerza de resignación; la violencia no la hubiera conducido á ningún resultado agradable, dada su situación.

Al día siguiente.

La hermana de Laura y Augusto Valeri, habían ido á recojer á la ciega para acompañarla á casa de su padre. Laura, suponiendo que, como las otras veces, Pedro iría con ella, fué á preguntarle:

—Nos vamos á casa de papá... ¿Quieres venir tú también, Pedro?

Contrariamente á la que se había figurado, Laura obtuvo esta respuesta:

—No.... Ahora no puedo.... Quiero terminar un boceto... pasaré más tarde á recojerte.

Por la mente de Laura cruzó la misma duda de siempre, produciéndole mayor dolor que de costumbre. Junto á esa duda se alzó una resolución que, con la vuelta á la vida ó matándola, acabaría con el suplicio de una existencia

tan anormal. Discretamente pues, Laura supo lograr que su hermana y el poeta, su excelente amigo, partieran solos sin descubrir el motivo de no haber querido ir con ellos.

Pedro, en la creencia de que en la casa no quedaba nadie excepto la servidumbre, que debía estar ocupada en su obligación, esperaba tranquilamente la llegada de la Condesa, cuya aparición no se hizo esperar mucho.

Mientras los culpables se olvidaban del infortunio de que habían sido causa con sus amores, Laura, alocada, buscó el supremo consuelo en una postrer ilusión: modelar... pero ya no había inspiración. Todo terminado.... Pedro ya no la quería... huía de ella cada vez más y próximo á llegar estaría el día de la inevitable ruptura: ¿Podría sobrevenir ella á la separación? ¿Podría seguir viviendo sufriendo de atroces sospechas y continuas decepciones? ¡No!... ¿Para qué vivir ya?

Laura estaba decidida á suicidarse: un momento de energía sería la liberación.... Pero antes quería besar á Pedro, besarle todavía una vez antes de morir. Lentamente fué á su encuentro é iba á abrir la puerta del estudio cuando un ruido la detuvo; prestó atención y reconoció la voz de su enemiga mortal. ¡Ah, miserables! ¡La duda era cierta!

Trémula de celos se dispuso á no perder una sola palabra de las que se pronunciaran entre la Condesa y su Pedro. Y oyó como la Condesa, con insistencia y empeño, decía á Pedro:

—Pedro.... Eso es una herejía.... Renunciar así á la juventud, al Arte, á la Gloria... por una infeliz que nada de eso puede darte ya en

la vida....

—¿Qué hacer para alejarla de mi lado?...

—Deberías mandarla á casa de sus padres ó confiarla al cuidado de una enfermera de confianza....

—Pero, Elena, es mi esposa y, la pobre, es desgraciada.... Me da lástima....

—Es doloroso, lo sé.... Pero es necesario por tu Arte y por nuestro amor.

—¿Cómo será juzgada mi conducta cuando se sepa la verdad? ¿Lo has pensado alguna vez, Elena?

—¿No soy digna de un sacrificio?

—¡Oh, mujer, enigma insondable, el mundo es tuyo!

De súbito, se abrió la puerta y Laura, de pie en el umbral de la misma se presentó á los ojos de los amantes como un espectro justiciero. La esposa burlada tenía el rostro desencajado y trágico.

Pedro y Elena, además de la sorpresa de haber sido sorprendidos *infraganti* por el testigo ciego que en este caso *lo había visto todo* mejor que nadie, quedaron horrorizados ante los gestos de locura que hacía Laura. Esta empuñaba en su mano derecha un revólver que, rápidamente, para no dar tiempo de huir á los culpables, apuntó en dirección de donde suponía estaban, pues la fatigosa respiración de ambos era un indicio para la ciega, y disparó con idea de muerte. Un cuerpo cayó pesadamente al suelo; el otro culpable huía.

Hubo un breve silencio. Laura desconcertada, andaba á tientas, buscando el cuerpo alcanzado por sus balas. Tropezó con él. Enton-

ces un escalofrío de muerte se apoderó de todo su ser. Bajó su vista al suelo pero no vió... Y arañándose los ojos, gritaba:

—¿Quién...? ¿Quién de los dos...? ¡Dios mío...! ¡Dime quién es de los dos!



¡Había matado á Pedro!

Nada... sombras... todo sombras...
 Laura se arrodilló; con sus manos intentó reconocer al herido y de pronto lanzó un grito:
 —¡Veol ¡Veol otra vez!

¡Sí, veía! Una conmoción producida por una caída la había hecho ciega; otra conmoción, que afectaba todo su organismo, le devolvía la luz.

Pasado el primer momento, Laura vió lo que nunca hubiera querido ver: ¡había matado á Pedro!

Clavando sus uñas en sus ojos, Laura, presa de una crisis de locura incurable, gesticulaba:

—¿Por qué ver...? ¿Para qué ver...?

Afuera, una sombra huía, como un malhechor, del lugar de su crimen. A su paso, las hojas de los árboles se desprendían formando detrás de ella una especie de manto fúnebre... Esa sombra era el ave maligno cuyo paso por la tierra se cubría de muerte...

FIN

(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)

Próximo número:

La preciosa novela-film:

El Octavo no mentir

por la gentil MARGARITA CLARK

Postal-fotografía:

Mary Miles Minter

Precio 25 cts. Todos los miércoles

E. VERDAGUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

NÚMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	Postal-fotografía
1	No hay juegos con el amor	Douglas Fairbanks (III edic.)
2	El Valle Florido	Mary Pickford
3	Amor de madre	Charles Chaplin
4	La Virgen de las Rosas	Pearl White (Perla Blanca)
5	La culpa ajena	Antonio Moreno
6	De hombre a hombre	Priscilla Dean
7	Una mujer	Eddie Polo
8	Pesadillas y supersticiones	Mary-Douglas (extraordin.)
9	Desinterés	Francesca Bertini
10	El Hábito	Harold Lloyd
11	Jimmy Sansom, El Aventarero	Constance Talmadge
12	La primera novia	Frank Mayo
13	El Pequeño Lord Fauntleroy (1)	Marle Prevost
14	El Pequeño Lord Fauntleroy (2)	Ben Turpin
15	La Tormenta	Pina Menichelli
16	Flor de Amor	Livio Pavanelli
17	La Pantera Negra	Norma Talmadge
18	Bajo dos banderas	Tom Mix
19	Corazón de lobo	Gladys Walton
20	Sueños juveniles	Almé Simon Girard
21	El Mundo y la Mujer	June Caprice
22	Corazones humanos	Sessne Hayakava
23	El Premio Gordo	Alice Brady
24	La Desconocida	Georges Biscot
25	Robin de los Bosques	Hesperia (extraordinario)
26	La Verdad Desnuda	Harry Carey

LA VENTA EXCLUSIVA DE
La Novela Semanal Cinematográfica
en España y América pertenece á la
Sociedad General Española de Librería

Ferraz, 21 MADRID

Barbará, 16 - BARCELONA

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

Precios de suscripción
(pago anticipado)

Barcelona y provincias

Año 12 pesetas
Semestre. 7 "

Extranjero

Año 18 pesetas
Semestre. 10 "

Portugal, América y Filipinas

Año 14 pesetas
Semestre. 8 "

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal